

Una crónica sobre “donde nos lleva el cuerpo y la cabeza”

Leila Guerriero narra el periplo de un bailarín de malambo

JESÚS RUIZ MANTILLA
Madrid

Quién que lo tenga claro, quién que no haya sentido la punzada fanática de una quimera, no lo ha dejado todo para cumplirlo. “Este es un relato sobre los límites, donde nos lleva el cuerpo y la cabeza”, asegura Leila Guerriero (Junín, 1967) sobre su nueva novela *Una historia sencilla* (Anagrama), cuyo título está inspirado en aquella poética película de David Lynch traducida así al español, pese a llamarse *The straight story*. Es un paseo por la vida, el sufrimiento, el sacrificio, la llamada desesperación, el sudor, la temida frustración, la solidaridad, la gloria. Gloria efímera que se lleva cada año el campeón de malambo, baile folclórico, en el Festival nacional de Laborde.

Allí fue donde Guerriero (Junín, 1966) conoció a Rodolfo González Alcántara, su Aquiles. Eso, un tipo normal, sencillo, humilde

—para pecar de repetitivos en lo insólito— salido de la espesa nada que acompaña a la pampa argentina. “Una persona inusual en sus principios, que valora la amistad, la lealtad, que detesta la traición; eso como decimos allá, de que le anden hablando por atrás”. Un

‘Una historia sencilla’ explora los límites humanos a través del festival de Laborde

hombre que le dio para transformar su cotidiana peripecia en una de sus crónicas narrativas, género en el que esta brillante autora reina con prosa de rizo electrificante, y transmutar en su cuerpo de gigante raptado por el baile quizá el alma más profunda de todo un país.

Natural, sin alarmarse, sin so-

focarse, así, insistamos, sencillamente, Guerriero se adentró en un mundo de símbolos, caídas, ética no escrita, no impresa en códigos inviolables. “Triunfar para sucumbir, esa era la clave”. Y así es, cada año, en Laborde, donde sin mucho foco se celebra una especie de acontecimiento que reúne a todos los hombres y mujeres consagrados a un baile en el que, para lograr su premio tienen que someter su cuerpo durante casi cinco minutos al esfuerzo que debe volcar en su carrera un velocista de 100 metros lisos.

Pues eso, normal... Un momento... ¿Normal? Para ellos... Como normal les resulta el trance, la sangre, la carne de los dedos y los pies resquebrajada tras cada embestida en una tormenta que los deforma con el tiempo. “Ahora Rodolfo sufre dolores en el cuerpo inéditos...”. Normal, para ellos, es la admiración y el apoyo que despiertan, y que les conduce a que su fami-



La escritora Leila Guerriero. / DIEGO SAMPERE

lia hubiera alquilado un autobús para desplazarse al concurso y se tiraran 10 días durmiendo en el mismo porque, o bien se gastaban *los mangos* en el transporte, o bien alguien les llevaba y lo invertían en alojamiento. “Todo es insólito en este hombre y en los suyos”, asegura Guerriero.

Cuando ella lo vio bailar, le atravesó un rayo. Normal. Hasta ahí, normal. La suerte a veces se alía con el espíritu de las historias que decides contar. Y en esa ocasión, González Alcántara quedó subcampeón. Así es como la escritora pudo aprovechar ese año de desvelos en su protagonista, de ahorro para comprar lo necesario y gastar en clases, de entrenamiento salvaje, para contar, sin renunciar nunca a la sencillez del relato, la impresionante aventura de su camino a esa gloria nacida para evaporarse.

“Existe la regla escrita, el pacto de que un ganador de Laborde no puede volver a

presentarse a ese ni a otro concurso”. Queda proscrito. Queda marcado si lo hace. Triunfar para sucumbir, pues. Llegar y quizá no caer, pero sí bajar del cielo a la tierra para quedarse, quizá toda la vida, únicamente, con ese triunfo impagable, inexplicable, auténtico, soberano de la insobornable satisfacción interior.